

Populismo: derecha radical, extrema derecha. Afinidades y falsas equivalencias*

Populism: radical righth, extreme righth.
Affinities and false equivalences

*Marco Tarchi***

* Traducción del italiano de Israel Covarrubias.

** Profesor titular en la Escuela de Ciencias Políticas “Cesare Alfieri” de la Universidad de Florencia, Italia. Contacto: marco.tarchi@unifi.it.

Resumen

Las nuevas formas de populismo que han aparecido en la escena política europea en las últimas décadas, han sido insistentemente enmarcadas dentro de la categoría de “extrema derecha”. Sin embargo, a pesar de que en algunos temas las categorías de “populismo” y “extrema derecha” pueden aproximarse, incluso en algunos casos coincidir, se trata de dos sujetos diferentes, claramente distinguibles. El concepto que la fórmula “extrema derecha” expresa es vago, su connotación y denotación tienen una geometría extremadamente variable, de modo que recurrir a ella para interpretar los contenidos y las formas de acción de los partidos populistas es infructuoso y constituye un error que es necesario abandonar. Esta falsa equivalencia, en el campo científico, empobrece las posibilidades de profundizar la comprensión de ambos fenómenos. En la actualidad, un número creciente de estudiosos se ha dado cuenta que este modo de afrontar el problema es inadecuado y con frecuencia contraproducente, puesto que tiene poca utilidad para un análisis serio que permita entender las pasiones, las preocupaciones y las expectativas que han empujado a sectores importantes del electorado europeo para agruparse en torno a los partidos de corte populista. Es necesario examinar las relaciones que existen en el terreno empírico entre las agrupaciones políticas populistas y las de extrema derecha para averiguar, en el plano teórico, cuáles afinidades y cuáles diferencias existen entre las respectivas matrices ideales. En este artículo se presentan algunas diferencias entre ambas categorías, con la intención de evidenciar algunos elementos de fondo de la distinción.

Palabras-clave: Populismo, pueblo, extrema derecha, neofascismos, democracia europea.

Abstract

The new forms of populism that have appeared in the European political scene in recent decades have been insistently framed within the category of “extreme right”. However, despite the fact that in some areas the categories of “populism” and “extreme right” can be close to each other and even, in some cases, coincide, they are clearly two distinct subjects. The concept which the “extreme right” formula expresses is very vague and both its connotation and denotation have an extremely variable geometry, therefore using it to interpret the contents and forms of action of populist parties is useless and constitutes a mistake that needs to be abandoned. This false equivalence, in the scientific field, impoverishes the possibilities of better understanding both populism and extreme right. Today, a growing number of analysts have realized that this approach to the problem is inadequate and often counterproductive, since it has little use for a serious analysis that allows an understanding of the passions, concerns

and expectations that have driven important sectors of the European electorate to gather around populist parties. It is necessary to examine the empirical relations between populist and extreme right political groups in order to find out on the theoretic field the affinities and differences between this two ideal matrices. In this article, some differences between the two categories are presented, with the intention of highlighting some key elements of this difference.

Key-words: Populism, people, extreme right, neofascisms, European democracy

El éxito de las listas críticas hacia las políticas de la Unión Europea en las elecciones del 25 de mayo del 2014 para el parlamento en Estrasburgo, y confirmado por una serie de elecciones nacionales en los cuatro años sucesivos (Holanda, Francia, República Checa, Hungría, Italia, Suecia), ha permitido hablar extensamente de una nueva ola populista —la cuarta desde la segunda posguerra,¹ suscitando la duda que en el 2019 el conjunto de las formaciones políticas soberanistas y populistas pudieran elegir en el Europarlamento un número de diputados más o menos de la misma entidad de aquellos de los dos grupos mayoritarios, el Partido Popular Europeo y los Socialistas y Demócratas. Incluso si esta previsión no se ha comprobado, en la gran mayoría de los países del Viejo Continente la tendencia a un crecimiento del consenso hacia estos movimientos se ha confirmado. Estos resultados han puesto de nuevo en la orden del día la controvertida cuestión de la existencia de una nueva familia de partidos, distinta de aquellas “clásicas” identificadas por Stein Rokkan (1974: 131-229), que algunos estudiosos ponen en la órbita del populismo (Berezin, 2008), mientras según otros sería la enésima encarnación de la extrema derecha (Art, 2011). Sin embargo, hay que decir que, a pesar del éxito obtenido, la actitud por privilegiar las expectativas del pueblo y el escepticismo hasta las hipótesis de colaboración con sujetos colocados más allá de las fronteras nacionales, ha reducido considerablemente la posibilidad de estos partidos para ejercer una acción que incida en el seno del Parlamento Europeo.

Esta ausencia de una base ideológica común, desde un punto de vista estratégico y programático, está claramente ejemplificada por la imposibilidad de alcanzar los 105 eurodiputados de los partidos habitualmente definidos como populistas² en un único grupo. Muchos de ellos han tomado elecciones individuales, determinando una fuerte dispersión del peso político de esta tendencia.

¹ Sobre la secuencia cronológica del fenómeno populista Europa, véase Tarchi (2015: 105-177).

² Véase el conjunto de los partidos populistas representados en el europarlamento en 2009 y 2014, y el número de sus parlamentarios en Tarchi (2015: 116).

En efecto, a la mañana siguiente de las elecciones de 2014 fue constituido el grupo *Europe of Freedom and Direct Democracy*, que tenía 42 diputados del Partido de la Independencia del Reino Unido (*United Kingdom Independence Party*), del italiano Movimiento Cinco Estrellas (*Movimento 5 Stelle*), de la polaca Confederación de Libertad e Independencia (*Konfederacja Wolność i Niepodległość*), de la checa *Svobodní*, de la lituana Orden y Justicia (*Partija Tvarka ir teisingumas*), de Alternativa para Alemania (*Alternative für Deutschland*) y cuatro diputados renegados del francés Frente Nacional (*Front National*). Más adelante, y no sin fatiga, se constituyó sobre todo por iniciativa de Marine Le Pen, el *Europe of Nations and Freedom Group*, que contaba con 35 miembros, provenientes del Frente Nacional, del belga *Vlaams Belang* (Interés Flamenco), del Partido de la Libertad de Austria (*Freiheitliche Partei Österreichs*), del holandés Partido por la Libertad (*Partij voor de Vrijheid*), la italiana Liga del Norte (*Lega Nord*), el polaco Congreso de la Nueva Derecha (*Kongres Nowa Prawica*) y dos disidentes, del *United Kingdom Independence Party* y del alemán Partido Azul (*Die Blaue Partei*). Los exponentes populistas de los países nórdicos —*Sverigedemokraterna* (Demócratas de Suecia), *Perussuomalaiset* (Partido de los Finlandeses) y *Dansk Folkeparti* (Partido Popular Danés) rechazaron la invitación de adherirse a este grupo, considerando al Frente Nacional muy cercano a la extrema derecha, y junto con los polacos de *Prawo i Sprawiedliwość* (Ley y Justicia), se inscribieron al grupo *European Conservative and Reformists*. Los diputados del húngaro *Fidesz* (Unión Cívica Húngara) se quedaron en el grupo del Partido Popular Europeo. Ninguno de estos grupos recibió a los electos de los tres partidos considerados de extrema derecha: la alemana NPD (Partido Nacionaldemócrata de Alemania), la húngara *Jobbik* (Movimiento por una Hungría Mejor) y la griega *Alba Dorata* (Amanecer Dorado) que figura entre los no inscritos.

Después de las elecciones de mayo de 2019, la situación no ha cambiado mucho, a pesar de que *Europe of Nations and Freedom Group* se ha transformado en *Identity and Democracy*, ha duplicado sus miembros (hoy cuenta con 73), ha absorbido *Danske Folkeparti*, *Alternative für Deutschland* y *Perussuomalaiset*, ha perdido a los representantes polacos y ganado aquellas de la checa *Svoboda a přímá demokracie*

y de la estona *Eesti Konservatiivne Rahvaerakond*. Otros 61 diputados con ideas afines han, en efecto, preferido permanecer en el grupo de los Conservadores y Reformistas y los 13 electos de *Fidesz*, después han abandonado el PPE, quedándose entre los no inscritos.

Esta situación confirma que la “Internacional populista” muchas veces evocada por los medios de comunicación difícilmente podrá nacer, porque no forma parte de la mentalidad que caracteriza a esta corriente política. La aversión común hacia la Unión Europea y al euro, los idénticos sermones en contra de los políticos profesionales, los bancos, los burócratas y los tecnócratas, la misma voluntad de combatir la inmigración y denunciar el riesgo de islamización de los países europeos no han bastado al día de hoy para superar idiosincrasias, desconfianzas recíprocas y preocupaciones por imaginar. Y el intento de Steve Bannon, ex consejero estratégico de Donald Trump, por federar o al menos coordinar técnicamente todos estos grupos para hacer, en efecto, que estén en posición de ejercitar una fuerte influencia sobre las políticas de la Unión Europea no ha tenido éxito.

Precisamente en relación a las acusaciones de extremismo que algunos de los partidos de esta conflictiva familia se hacen reciprocamente, hay que subrayar que el retardo en la comprensión de la naturaleza de las nuevas formas de populismo que aparecieron en la escena política europea en las últimas décadas, y en la identificación de las causas de su crecimiento electoral, ha estado determinado por la insistencia del querer enmarcarlos en la categoría de la extrema derecha. Solo recientemente y de manera parcial este error ha comenzado a disolverse. Hasta hace pocos años, politólogos, historiadores y sociólogos se limitaban a la descripción del fenómeno como una variante “post-industrial” de la extrema derecha, distinta de aquella “tradicional” de raíz fascista (Ignazi, 1997: 47-64; y 1994: 51-53), ya que es fruto de nuevos conflictos sociales, ya no más centrados sólo alrededor de los intereses materiales como en la época de las grandes confrontaciones de clase, sino extendidos al choque sobre valores “post-materiales” que se infiltraron en las sociedades europeas después de 1968.

Por años, cada vez que una de las formaciones populistas salía del anonimato, se desencadenaban las alarmas por su presunta amenaza del regreso del fascismo o del nazismo, y las causas de este éxito han

sido identificadas en la pérdida psicológica que afligiría a algunos sectores menos “protegidos” de la población en las fases de mayor aceleración de la transformación social, sembrando en sus filas frustraciones, inseguridades, envidias y miedos que pueden ser mantenidos bajo control solamente al descargarlos en eficaces chivos expiatorios. Desde esta perspectiva, a los partidos populistas se ha asignado una función de termómetro de las tensiones sociales degeneradas a nivel patológico y su capacidad de atracción ha sido vinculada a la propagación de una ideología de odio y de exclusión que ve en el extraño a la comunidad de pertenencia, en lo diferente, un blanco ideal. Y dado que las fiebres pueden tener ataques virulentos e inesperados y causar fuertes apreensiones, aunque se pueden erradicar con tratamientos médicos adecuados, nos hemos resignado a ver florecer de vez en cuando en la escena pública el iceberg de este presunto extremismo, confiando de su puntual disolución al calor de la indignación moral o al menos en su redimensionamiento gracias a políticas de *welfare* dirigidas a la tutela de los grupos marginados de la sociedad del bienestar.

Hoy, un número creciente de estudiosos se ha dado cuenta que este modo de afrontar el problema es inadecuado y con frecuencia contraproducente. La duda surgió de la dificultad de hacer un buen uso del concepto de extrema derecha, a causa de sus debilidades intrínsecas. Hans-Georg Betz (2004: 205) ha escrito, por ejemplo, que “parece que el término extremismo de derecha se ha degenerado en arma polémica para la batalla cotidiana en las trincheras políticas, y por ello perdió la mayor parte de su utilidad para las necesidades de un análisis serio”. Pierre-André Taguieff (2012: 15-16) ha ido más allá, sosteniendo que esta expresión “no tiene que ver con la historia de las ideas o de las doctrinas políticas, sino con la historia de los discursos de propaganda y de contra-propaganda [y] además constituye una etiqueta controvertida en lugar de una categoría elaborada conceptualmente o un modelo de inteligibilidad utilizable en los trabajos científicos, que tenga relación con la historiografía o con la ciencia política”. Cas Mudde (1996: 225-248) ha subrayado que los usos de la expresión identificables en la literatura académica revelan una pluralidad de significados —identificando 26 definiciones distintas, basadas sobre 58 características— que es difícil reconducir a parámetros comunes. El concepto que la fórmula “extre-

ma derecha” expresa es, en efecto, muy vago. Tanto su connotación como su denotación tienen una geometría extremadamente variable, de tal manera que, entre los especialistas, hay quien propone incluir en esta categoría (a través de la fórmula *radical right-wing populism*, que es un intento de vincular lo nuevo a lo viejo) a la Liga del Norte y al partido de los automovilistas suizo (Betz, 1994), hay quien excluye la posibilidad de que puedan ser incluidos dentro de su perímetro, poniéndolos sobre el mismo plano, a la FPÖ (Partido de la Libertad de Austria) y a los grupúsculos neonazis (Riedlsperger, 1998: 27-43), y hay quien en cambio sostiene lo opuesto, o quien ha ampliado la noción hasta aplicarla a conservadores legitimistas como Philippe de Villiers y a la postfascista Alianza Nacional (*Alleanza nazionale*) (Merkl, 1997: 1), o a las bandas de *skinheads* y a los nacionalcomunistas rusos (Braun y Scheinberg, 1997).³ Orientarse en una Babel de este género, es una empresa ímproba.

Además, no se puede dejar de observar que algunas de las características del populismo lo diferencian claramente del neofascismo y de sus sustitutos identificados por la literatura sobre la extrema derecha (Tarchi, 2002: 247-276). Es suficiente pensar en las ideas tan distintas que populistas y neofascistas tienen de la relación entre sociedad y poderes públicos, donde los primeros subordinan el Estado al servicio de las exigencias expresadas por la sociedad y proponen una serie de sustanciales limitaciones en su esfera de intervención, mientras que los segundos le tributan un auténtico culto y lo ven como el instrumento indispensable que da forma, sustancia y dirección al pueblo, de otra manera destinado a permanecer como una masa indiferenciada y anárquica, sujeta a continuos ataques de egoísmo individualista. O considerar cuan diferentes es la función del reclamo al valor de la nación en los dos casos: para convertirlo en el eje de una predicación expansiva y agresiva hacia los otros países en el caso de los movimientos de extrema derecha, para levantar-

³ Scheinberg (1997: 254-255) no duda en hablar de un “fascismo italiano guiado por Gianfranco Fini” y en afirmar, para sostener la peligrosidad, que “en Italia el Partido Democrático de izquierda, la Liga del Norte y Alianza Nacional han hecho causa común en contra de los [inmigrantes] ilegales para apoyar un decreto por su expulsión inmediata”.

lo en cambio como un baluarte defensivo hacia las temidas invasiones del capital, de las mercancías y de los trabajadores extranjeros y ser la piedra angular de una posición rígidamente aislacionista en el caso de los movimientos neo-populistas. Las mismas diferencias se encuentran en la concepción que unos y otros tienen del individuo, considerado por los populistas como la piedra angular de la vida social, mientras que los extremistas de derecha lo subordinan claramente al Estado, y a la relación entre la esfera privada y la esfera pública que le es intrínseca. Otro punto de contraste atañe a la visión de la relación entre pasado, presente y futuro, sobre la que se funda la referencia a la tradición, y a su función cultural, cultivada en estos dos ambientes. Por un lado, encontramos, de hecho, la mitificación nostálgica de una edad de oro lejana, típica de los ambientes neofascistas, que la vuelven el motor de sus expectativas utópicas de regeneración futura de la sociedad; por el otro, existe una actitud mucho más pragmática y selectiva por parte de los populistas, que del pasado reivindican solo la herencia de los hábitos adquiridos y están interesados sobre todo en la preservación de los aspectos más apreciados por el estilo de vida contemporáneo, rechazando, con la excepción de casos muy raros,⁴ toda forma de ensueño utópico en torno a los escenarios futuros. Estos son ámbitos en los que las divergencias superan por mucho a las afinidades.

A pesar de que en algunos temas sus discursos puedan aproximarse, y en algunos casos coincidir, extrema derecha y populismo son, por lo tanto, dos sujetos diferentes. Lo demuestra el hecho de que incluso Betz, aunque considere al segundo como un producto evolutivo del primero y no un género completamente autónomo, ha comprobado que los partidos populistas que surgieron en los años noventa “han sido bastante cuidadosos en enfatizar su compromiso con la democracia representativa y el orden constitucional” y que “Si bien no por convicción pero sí por conveniencia, han tendido a abandonar gran parte del bagaje ideológico que podría parecer demasiado extremista, [porque] los partidos que han transgredido los límites del discurso político permisible

⁴ La única excepción detectable es el subsuelo futurista-utópico del pensamiento de Beppe Grillo, expresado con frecuencia a través de su blog www.beppegrillo.it.

y aceptable pronto se vieron penalizados por la opinión pública, en las urnas, o en el parlamento”. Aunque “la mayoría de estos partidos y movimientos han atraído a extremistas de derecha, y la mayoría de ellos incluyen facciones más o menos influyentes que expresan opiniones extremistas” y sus líderes “recurren a una estrategia de extremismo verbal” (Betz, 1998: 3), Betz estima que estos eslóganes simplemente forman parte del esfuerzo por movilizar a los militantes y a los simpatizantes más duros o para responder a las exigencias de la arena política posmoderna, donde todos los partidos deben “recurrir a *políticas simbólicas* y a la espectacularización de los problemas” para maximizar el apoyo electoral y reforzar su “posición de poder en las negociaciones de la coalición” (Beyme, 1996: 135-159). En este caso, el motivo de la actitud diferente es considerado instrumental y no genuino, pero el dato sustancial no cambia: el nuevo populismo no puede ser presentado, quizá solo para fines polémicos, como un *remake* del fascismo o del neofascismo, ya que no rechaza las reglas del juego democrático, no pone en discusión el principio de igualdad entre los ciudadanos, no desea el regreso a regímenes autoritarios y no emplea la violencia para alcanzar sus objetivos.

El recurso a la categoría de extrema derecha para interpretar los contenidos y las formas de acción de los partidos populistas no da frutos apreciables ni siquiera articulando el concepto en más variedades, y termina por no explicar la naturaleza de las formaciones que han cosechado consensos alrededor de plataformas programáticas imbuidas de himnos a la iniciativa privada y al desmantelamiento de las burocracias estatales, tomas de posición que se colocan en una perspectiva ideológica opuesta a la querida por el fascismo y por sus secuaces póstumos. La clasificación a dos voces diseñada por Ignazi concede demasiado al pasado en la comprensión del presente y parece desbalanceada. La variedad “tradicional” de la extrema derecha describe un microcosmos ya en vía de disolución, compuesto por pocos sujetos marginales y residuales, pequeños y veleidosos nichos de nostálgicos sin ninguna influencia en la dinámica de los sistemas democráticos. La categoría “post-industrial” vincula a bases ideológicas no más actuales a unos partidos que han demostrado obtener los consensos de muchos electores que anteriormente jamás había votado por las listas de derecha

—mucho menos por aquella extrema—, que en esa área no se identifican y que optan por los candidatos populistas precisamente porque estos declaran no seguir considerando como adecuada la división izquierda/derecha para interpretar y confrontar los grandes problemas del tiempo presente.

Incluso si en el lenguaje de los medios de comunicación este término continúa siendo utilizado cuando se habla de partidos y líderes populistas, en campo científico es necesario abandonar, por lo tanto, la referencia a la extrema derecha si se quiere entender cuáles pasiones, preocupaciones y expectativas están empujando a sectores conspicuos del electorado europeo para agruparse alrededor de partidos que, no obstante las fuertes idiosincrasias nacionales y la ausencia de una coordinación, estén coincidiendo en un desafío frontal al actual *establishment* político y cultural, tanto en su versión liberal-conservadora como en aquella socialdemocrática. Esta necesidad ya había sido advertida por muchos estudiosos, pero se ha traducido en propuestas interpretativas diversas. Yves Mény e Yves Surel (2000: 18) han observado que “la operación conceptual de asimilación entre populismo y extrema derecha corre el riesgo de complicar mucho más la comprensión del fenómeno, tomando en consideración solo el aspecto más coyuntural y evidente de un problema complejo”, y Chantal Mouffe (2009: 79-80), sosteniendo que “demarcar [la] frontera entre los ‘buenos demócratas’ y la ‘malvada extrema derecha’ es muy conveniente”, ha subrayado que “la amalgama sobre la cual se basa la misma noción de extrema derecha” impide comprender las razones de los populistas. Mientras nos atenemos a estas consideraciones críticas, la convergencia de las opiniones en la comunidad académica es amplia. Los problemas comienzan cuando se pretende establecer qué relaciones existen entre estas dos áreas, distintas pero en algunos casos interconectadas. Y la cuestión se bifurca: de hecho, es necesario examinar en el terreno empírico qué relaciones existen entre los partidos populistas y los partidos de extrema derecha para averiguar, en el plano teórico, cuáles afinidades y cuáles diferencias existen entre las respectivas matrices ideales.

Sobre el primer aspecto del problema, es imposible negar que un cierto grado de continuidad entre las dos familias existe. Algunos parti-

dos que hoy podemos definir como populistas han tenido su origen en la extrema derecha: el *Frente Nacional*, el *Vlaams Belang*, los *Sverigedemokraterna*. Además, la lectura de sus respectivos programas revela la convergencia de las argumentaciones polémicas en las confrontaciones de un determinado número de objetivos: la inmigración, la “eurocracia” de Bruselas, el cosmopolitismo, la alta finanza, la partidocracia. Sin embargo, la distancia sobre muchos de los temas en la agenda existe y tiende, con el pasar del tiempo, a crecer. Basta pensar en las posiciones asumidas por Pim Fortuyn, Geert Wilders y Marine Le Pen sobre algunos temas éticos (homosexualidad, aborto, divorcio), o a los juicios contrarios sobre la democracia, que los populistas quisieran ver realizada integralmente y de forma directa a través del uso del referéndum y de iniciativas legislativas desde abajo, y que los extremistas de derecha miran con desconfianza, o al modo en el que es afrontada en los dos contextos la cuestión de las relaciones entre los grupos étnicos. Si en los manifiestos de los grupos de extrema derecha sigue siendo evidente la referencia a una consideración jerárquica de razas y culturas, muy distintos son los criterios adoptados por los partidos populistas, inspirados en una valorización del concepto de *diferencia*. Y si en la extrema derecha se observa la presencia de un nacionalismo cargado de emotividad y caracterizado con frecuencia por tonalidades agresivas hacia los potenciales enemigos del país, en el populismo el llamado a la “tierra patria” está inspirado en una concepción meramente defensiva, dirigida a proteger la identidad del pueblo de la seducción de modelos extraños (en una gama de advertencias que van de la norteamericanización a la islamización).

Con frecuencia estas diversidades de tonalidades y posiciones han sido vistas como movimientos tácticos, dictadas por el deseo de disfrazar de modo oportunista su verdadera naturaleza, aunque recientemente haya surgido una interpretación más problemática: si es verdad que referirse a argumentos populistas puede ser una manera cómoda para maquillar la imagen, seguir haciéndolo por mucho tiempo puede llevar a una gradual conversión. Los partidos nacional-populistas, ha escrito Taguieff (2012: 62-63), “encarnan formaciones postfascistas más que neofascistas, postnazistas más que neonazistas. A través de los años 1984-2011, la nueva extrema derecha ‘defascistizada’ o ‘desnazificada’

ha asumido el rostro de los populismos identitarios [y] al mismo tiempo se ha des-extremizado”. Lo mismo sostiene Dominique Reynié (2013: 43-44), cuando afirma que “si el despegue de los partidos populistas europeos, desde finales de los años ochenta y a partir del inicio de los años noventa, es el producto de partidos de derecha, nacidos en la extrema derecha o que venían de la derecha conservadora, en cualquier caso esto no puede vincularse a un revival de las ideas fascistas, sino al contrario, a una operación de reconversión a un populismo que integra los datos culturales, sociales y psicológicos de la nueva sociedad europea”. A conclusiones similares llega también Betz (2004: 42):

si cada uno de los nuevos y prósperos partidos y movimientos de la derecha radical han utilizado ocasionalmente una retórica típica de la derecha dura —en particular en materia de “revisionismo”—, cuando mucho han tomado con prudencia la distancia respecto a todas las formas de extremismo y frente a sus promotores. Los partidos y los movimientos más en boga han abandonado gran parte de la herencia ideológica de la derecha extremista y fascista tradicional en provecho de una estrategia oportunista, versátil y esencialmente dirigida hacia la problemática, que mezcla radicalismo verbal, política simbólica y marketing político moderno.

Roberto Biorcio (2010: 132) es mucho más explícito:

Las movilizaciones promovidas por las nuevas formaciones populistas no son una simple radicalización de los conflictos históricamente gestionados por los partidos de extrema derecha. Se trata de movilizaciones muy diversas, porque no meten en discusión a las democracias existentes, sino contestan su alejamiento de los auténticos principios y valores democráticos. En muchos casos, [...] las nuevas formaciones populistas han tenido origen por áreas políticas ajenas a la derecha, y como regla, la mayoría de sus electores muestran otros tipos de orientación. Por ello, no pueden ser confundidas con los partidos de extrema derecha, incluso si existen casos de superposición.

Todas estas consideraciones parecen conducirnos a la separación cada vez más clara entre las dos áreas, no obstante que muchos analistas dudan en dar este paso y se refugian en fórmulas que presuponen la persistencia de un vínculo estrecho, casi un cordón umbilical, entre una y otra. La más notable de ellas es la “derecha radical populista”. Liquidada por Taguieff como “expresión periodística [...] con la que se conforman ciertos politólogos contemporáneos”, la definición es, en cambio, juzgada por otros como irrenunciable, ya que serviría para la delimitación de una verdadera nueva familia partidista, colocada entre el “populismo de derecha no radical” (definido también como “populismo neoliberal”) y la “derecha no populista” (es decir, extrema). Siguiendo esta dirección, Mudde (2007: 31) define la derecha radical populista como una forma específica de nacionalismo xenófobo, anti-elitista, nominalmente democrático incluso si se opone a algunos valores fundamentales de la democracia liberal, que se puede considerar “un reflejo de la derecha radical del *Zeitgeist* populista contemporáneo”.

A pesar de la sofisticación, la fórmula no parece ser convincente. Quien sostiene su utilidad afirma que el criterio fundamental para definir como populista —sin otros adjetivos o especificaciones— a un partido es la centralidad, en su horizonte ideal, de una posición anti-establishment, y que esta base es demasiado estrecha para poder identificar una familia de partido específica. Sobre este punto se puede estar de acuerdo; pero, como hemos visto, los elementos que operan en la constitución de la mentalidad populista cubren un rango mucho más amplio, suficiente para diferenciar a los partidos que se hacen los interpretes de esta mentalidad de todos los otros. La definición del populismo que proponemos lo considera, de hecho, como *la mentalidad que identifica al pueblo como una totalidad orgánica artificialmente dividida por fuerzas hostiles, le atribuye cualidades éticas naturales, contrasta el realismo, la laboriosidad y la integridad a la hipocresía, a la ineficiencia y a la corrupción de las oligarquías políticas, económicas, sociales y culturales, y reivindica su primado, como fuente de legitimación del poder, por encima de cualquier forma de representación y de mediación* (Tarchi, 2015: 77). Y es con esta mentalidad que deben ser comparadas las características ideológicas de la extrema derecha.

Débil, por lo demás, es también la argumentación que separa algunas formaciones populistas más “moderadas”, como el *Fremskrittsparti* noruego, la sueca *Ny Demokrati*, la *Lista Pim Fortuyn* o el difunto partido alemán del juez Schill de los partidos populistas “de derecha radical”. En esta perspectiva, las primeras tendrían en lo fundamental posiciones neoliberales y sus campañas xenófobas o en defensa del Estado social reservado sólo a la población autóctona, el llamado chovinismo del *welfare*, sería únicamente movimientos oportunistas. A esta interpretación es natural objetar que incluso el *Frente Nacional* —cuyo líder se decía “reaganiano antes que Reagan”—, el *Vlaams Blok*, la *Liga del Norte* y la *Fpö* han defendido durante mucho tiempo ideas neoliberales en campo económico, y que resulta difícil establecer, por parte de un observador externo, si una conducta xenófoba es adoptada, en política, por convicción o por cálculo.

Es necesario, por lo tanto, clarificar para comprender cuál relación existe entre el populismo y la extrema derecha (entendida según las convencionales coordenadas politológicas, y sin detrimento de las reservas ya expresadas sobre la vaguedad de esta categoría), no solo en el lado de las afinidades, sino también en aquel de las divergencias entre los dos términos del conflicto. Para este fin puede servir la información que se muestra en la Tabla 1.

De cualquier modo, los aspectos identificados en esta tabla no agotan las distinciones entre populismo y extrema derecha, que podrían ser extendidas a muchos otros ámbitos. Piénsese, por ejemplo, al tipo humano ideal al que se dirigen: por una parte, el “hombre cualquiera”, el trabajador honesto y modesto, el buen padre de familia, respetuoso de las normas consuetudinarias; por la otra, el combatiente listo a sacrificarse, el militante de la Idea. O a las formas en las que se expresa la vinculación compartida a la nación, que es entendida por los populistas como una suerte de nido protector que hay que defender de las intrusiones y amenazas externas y es, en cambio, celebrada y exaltada por los extremistas de derecha como el depósito de las virtudes de una extirpe que debe continuar ilustrando con sus cualidades al mundo. Y, aún, obsérvese el estilo comunicativo que caracteriza a unos respecto de los otros: el lenguaje simple, inmediato, tal vez vulgar o dialectal, intercalado de chistes humorísticos por los líderes populistas se con-

Tabla 1. Conceptos fundamentales cuyo significado distingue al populismo de la extrema derecha.

Concepto	Significado en el populismo	Significado en la extrema derecha
Pueblo	Comunidad cohesionada y virtuosa, principio de legitimación de la acción de gobierno.	Masa por educar bajo la guía de las élites, fundiéndola en la nación.
Nación	Producto de las tradiciones culturales de un pueblo, al que provee una identidad estable.	Comunidad espiritual, que tiene la tarea de formar y dirigir al pueblo, asignándole un destino.
Estado	Administrador del interés público, subordinado al deseo del pueblo, que debe controlar su acción.	Encarnación del principio de autoridad, principio básico de la organización social, superior al pueblo y a la nación.
Sociedad	Contexto natural de desarrollo de la vida del pueblo, autónoma del Estado, respecto al cual es prioritaria.	Materia cruda que debe ser formada, controlada y guiada por el Estado, al que está subordinada.
Individuo	Piedra angular de la vida social, encuentra el contexto natural de manifestación de sus necesidades en el pueblo.	Componente de la nación, a cuyas necesidades debe uniformarse para evitar la manifestación de intereses egoístas.
Líder	Portavoz del pueblo, intérprete de sus necesidades, provisto de cualidades ordinarias en medida extraordinaria.	Guía del pueblo y de la nación, a quien indica el destino, dotado de extraordinarias y carismáticas cualidades.
Élites	Bloque de poder que debe ser mantenido bajo control del pueblo para protección de sus derechos.	Aristocracia espiritual, vigila al pueblo y lo dirige al cumplimiento de sus deberes.
Democracia	Régimen ideal, por realizar integralmente con instrumentos de expresión popular directa y sin mediaciones institucionales.	Régimen criticable porque invierte el principio de autoridad y está sujeto a la volubilidad de las masas.
Mercado	Considerado positivamente, atemperado a través de medidas de protección reservadas a la población autóctona ("chovinismo del <i>welfare</i> ").	Considerado negativamente, debe estar subordinado a las exigencias de la nación y controlado a través nacionalizaciones o un corporativismo guiado por el Estado.

trapone a los modos de expresión solemne, retóricos, inspirados, con frecuencia austeros, presentes en cualquier manifestación pública de los movimientos de extrema derecha. Esta lista de elementos que demuestran la existencia de una línea de separación bastante clara entre las dos categorías de sujetos podría seguir adelante, pero aquí sencillamente nos hemos trazado el objetivo de poner en evidencia algunos elementos de fondo de esta distinción, para ofrecer una contribución a una nueva e indispensable fase de los estudios en este campo.⁵

Bibliografía

- Art, D. (2011). *Inside the Radical Right*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Beyme, K. v. (1996). Party Leadership and Change in Party Systems: Towards a Postmodern Party State? *Government and Opposition*, XXXI, (2), pp. 135-159.
- Berezin, M. (2008). *Illiberal Politics in Neoliberal Times*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Betz, H.-G. (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Betz, H.-G. (1998). Introduction. En Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall (coords.). *The New Politics of the Right. Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies* (pp. 1-10). Houndmills-Londres: Macmillan.
- Betz, H.-G. (2004). *La droite populiste en Europe*. París: Autrement.
- Biorcio, R. (2019). *La rivincita del Nord. La Lega dalla contestazione al governo*. Roma-Bari: Laterza.
- Braun, A., y S. Scheinberg (coords.), (1997). *The Extreme Right. Freedom and Security at Risk*, Boulder: Westview Press.
- Ignazi, P. (1997). The Extreme Right in Europe: A Survey. En P. H. Merkl y L. Weinberg (coords.). *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties* (pp. 47-64). Londres-Portland, Frank Cass.

⁵ Un cierto número de características de estos dos polos está en Priester (2009).

- Ignazi, P. (1994). *L'estrema destra in Europa*. Boloña: Il Mulino.
- Mény, Y., e Y. Surel (2000). *Par le peuple, pour le peuple. Le populisme et les démocraties*. París: Fayard.
- Merkl, P. H. (1997). Introduction. En P. H. Merkl y L. Weinberg (coords.). *The Revival of Right-Wing Extremism in the Nineties* (pp. 1-15). Londres: Frank Cass.
- Mudde, C. (1996). The War of Words. Defining the Extreme Right Party Family. *West European Politics*, XIX, (2), pp. 225-248.
- Mudde, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Priester, K. (2009). Populismo e fascismo. Ponencia en el Congreso *Anatomía del populismo. El populismo tra fascismo e democracia*. Boloña: Universidad de Bologna-Universidad Humboldt de Berlín, 4-5 junio.
- Reynié, D. (2013). *Les nouveaux populismes*. París: Fayard/Pluriel.
- Riedlsperger, M. (1998). The Freedom Party of Austria: From Protest to Radical Right Populism. En H.-G. Betz y S. Immerfall (coords.). *The New Politics of the Right. Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies* (pp. 27-43). Houndmills-Londres: Macmillan.
- Rokkan, S. (1974). Cleavage Structure, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction. En S. M. Lipset y S. Rokkan (eds.). *Party Systems and Voter Alignments* (pp. 131-229). Nueva York: The Free Press.
- Scheinberg, S. (1997). Conclusions. En A. Braun y S. Scheinberg (coords.). *The Extreme Right. Freedom and Security at Risk* (pp. 250-257). Boulder: Westview Press.
- Taguieff, P.-A. (2012). *Le nouveau national-populisme*. París: CNRS.
- Tarchi, M. (2002). *Radicalismo de derecha y neofascismo en la Europa de postguerra*. En J. Antón Mellón (coord.). *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea* (pp. 247-276). Madrid: Tecnos.
- Tarchi, M. (2015). *Italia populista. Dal qualunquismo a Beppe Grillo*. Boloña: Il Mulino.

Recibido: 26 de junio de 2020

Aceptado: 16 de noviembre de 2021